

Juárez no debió de morir

Ignacio Solares

A decir de Paul Valéry, lo que más asombro le causaba en la memoria no era que volvía a decir el pasado, sino que alimentaba el presente: le daba réplica o respuesta, le ponía palabras actuales en la boca.

Es de esta forma como Eduardo Antonio Parra traza en su novela, *Juárez, el rostro de piedra*, el retrato acucioso, revelador y humano de un personaje que tanto la historiografía como el ideario popular convirtieron en mito.

Esta obra singular, de narrativa poderosa y atrayente, es también un enorme fresco de la segunda mitad de nuestro siglo XIX, colmado de situaciones reconstruidas con las emociones y ambiciones de todos aquellos ilustres personajes que rodearon al *Hombre de la Reforma* durante su larga lucha por obtener y conservar el poder.

Eduardo Antonio Parra establece un doble recorrido, paralelo, entre el recuerdo y la terrible actualidad de un Juárez aferrado a la silla presidencial, disminuido física, moral y políticamente. Al final de sus días ambos trayectos convergen, y pese a todo la memoria y el presente, terminan para dar paso a la leyenda.

Así, los momentos más significativos de la vida personal de Juárez, su origen, su formación, la entrañable y duradera relación que sostuvo con Margarita Maza, sus hijos, amistades, los primeros pasos en la política, sus seguidores, su vitalidad y mesura, sus enemigos, su determinación política, se empalman de manera conmovedora con los años más intempestivos de nuestra historia, de la cual él se convirtió en el principal protagonista, al lado de algunos de los hombres más brillantes que ha dado la patria: los eminentes liberales. Todo ello, absolutamente todo, se conjugó para que Juárez forjara nues-



tro Estado-Nación siempre con la guerra y la ley por delante.

Parra es cuidadoso de los detalles, los ambientes, los gestos, los humores,

la escenografía entera del preciso (y precioso) recuerdo. Nos hace sentir espectadores privilegiados de un drama épico con personajes que se muestran



Eduardo Antonio Parra

convencidos de sus vicios y virtudes, sus convicciones y pasiones, no de su condición exclusiva de próceres de yeso y de bronce.

Los saltos de la memoria y el juego de la recreación novelada de la vida del hombre que se ha erigido como la reencarnación del patriotismo, nos trasladan del acontecer de sus últimos meses en Palacio Nacional —mientras cavilaba sobre su propensión al poder y el asedio de sus enemigos— a los capítulos de un tiempo glorioso y terrible: sus inicios en la Revolución de Ayutla, el encarcelamiento en San Juan de Ulúa, su proceder y último encierro durante el gobierno autogolpista de Ignacio Comonfort, su llegada al poder: todos los estragos de la *Guerra de los Tres Años*, la *Segunda Intervención* y el *Segundo Imperio* fueron sobrellevados mediante un gobierno errante que parecía no tener destino ni comienzo, sólo idas y vueltas: Guanajuato, Guadalajara, Colima, Manzanillo; Panamá, Cuba, Nueva Orleans, Veracruz, San Luis Potosí, Monterrey, Saltillo, Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez). Con toda razón Justo Sierra describió ese recorrido como una pasión secular: *Y el carruaje partió. Empezó el vía crucis de la República, su camino de la cruz, doloroso y marcado por*

caídas mortales como el de Jesucristo.

El líder nato de los liberales sostuvo así su gobierno, admirablemente, contra conservadores, invasores, penurias financieras, la férrea presión internacional desde 1858 hasta 1867, cuando regresa de manera triunfal a la Ciudad de México. Alfonso Reyes reflexionaba al respecto que la *nación se había reducido a las proporciones del coche en que Juárez peregrinaba salvando las formas del Estado. Juárez-Eneas: Juárez el hombre que sale del incendio. Segundo Padre de la Patria. De la frente de Benito Juárez salta la imagen alada de la República.* De entonces hasta su muerte, el asunto de la reelección “necesaria” ocuparía su mente y sus desvelos.

El pensador Edward Said nos ha compartido que las naciones son en realidad narraciones profundas. De esta manera los recuerdos de Benito Juárez así como las exigencias de su álgida vida diaria entretejen la complejidad de una persona venerada y repudiada con idéntico fervor por sus contemporáneos. Es y será uno de los personajes más enigmáticos de esa novela llamada México, en cuyo lúcido apartado correspondiente a *Juárez, el rostro de piedra* se nos muestra todo el trasfondo: un hombre que no obstante sus certezas o su condición de representar el espíritu de una época, navegaba entre la grandeza y los desaciertos, que era acosado por las dudas, las Grandes Dudas, así, con mayúsculas, los principios, sus convicciones y el pragmatismo político: un Juárez íntimo y apegado sin remedio a su condición humana.

Las tentaciones de conservar la autoridad absoluta, por encima de todo y de todos, en el fondo pueden llegar a crear realidades virtuales en donde lo único que tiene sentido es la obsesión, la ausencia y el abandono. La “larga galería de fantasmas” que advierte Juárez al final de sus días como característica esencial de sus antecesores y enemigos no es sólo el reflejo de la muerte, sino el hecho

ineludible que implica tomar decisiones, pequeñas o trascendentales: la soledad. Fue lo que hizo toda su vida.

Juárez se imagina en sus reflexiones nocturnas, mientras deambula por Palacio Nacional, las vidas paralelas de los otros gobernantes. Su conclusión no podría ser otra: la comparación inhibe la autocrítica y la sensatez. Las razones del poder son los motivos personales y a la vez los deseos de una nación entera.

Tan grande fue la acción de Benito Juárez que se puede decir que opaca al hombre de ideas, al pensador político, siendo, como es, uno de los más congruentes de su generación. Él mismo se creyó más un hombre de acción que de pensamiento. La palabra era sólo el medio de anunciar lo que se proponía realizar. “Quisiera —dijo— que se me juzgara no por mis dichos, sino por mis hechos. Mis dichos son hechos”.

El texto de Eduardo Antonio Parra contribuye a la buena desacralización de Juárez, así lo comprenderemos mejor no obstante su condición simbólica. Se aleja sabiamente de la vieja querella de la historia sobre la real pertinencia y existencia de los héroes, para ubicarse en un terreno más desafiante: las imágenes de lo factible. Nos dice Parra: *Sí, imágenes donde es posible contemplar en la mirada de los otros las máscaras que uno ha encarnado, los hombres que ha sido. Eso es la memoria. Eso y nada más.*

Permítanme terminar con esta reflexión: para que una obra de ficción lo sea, ella debe añadir al mundo, a la vida, algo que antes no existía, que sólo a partir de ella y gracias a ella formará parte de la inconmensurable realidad. Ese elemento añadido es lo que constituye la originalidad de una ficción, lo que diferencia a ésta de un texto puramente histórico. Esto es lo que ha

Eduardo Antonio Parra, *Juárez, el rostro de piedra*, Grijalbo, México, 2008, 440 pp.

¿Qué dijo Juárez en la realidad real? No lo sé.
Ah, pero sí lo que me dice Parra que dijo, y eso es
ya para mí más real que el de la realidad real.